

LA DEUDA EXTERNA DE LATINOAMERICA

“Las condiciones para el establecimiento de regímenes populistas y radicales anti-occidentales en Latinoamérica, dependen de la forma en que Occidente maneje el problema de la deuda. Si se continúa por el camino actual llegaremos indefectiblemente a una catástrofe”. Esta es la opinión de Henry Kissinger, quien desde que asumiera como Presidente de la Comisión Asesora del gobierno norteamericano para América Central, ha comenzado a estudiar seriamente los problemas de Latinoamérica.

William Colby, ex-director de la CIA, expresó hace algunos días que la región más expuesta al comunismo en todo el mundo, es sin duda Latinoamérica, debido a la situación económica que se ha creado en estos países, prácticamente sin excepciones, a causa de la enorme deuda internacional. Las exigencias de los organismos financieros, así como las de los bancos comerciales, podrían provocar un descontento generalizado que sería muy difícil de controlar por los dirigentes políticos latinoamericanos.

La situación de nuestro continente comienza a inquietar a los círculos políticos estadounidenses como queda de manifiesto con las declaraciones de Kissinger y Colby. La deuda externa no es un mero problema técnico, sino que tiene evidentes repercusiones sociales y políticas que deben ser examinadas y atendidas.

La deuda externa internacional suma hoy día una cifra sin precedentes de 700 mil millones de dólares. De éstos, aproximadamente 300 mil millones corresponden a los países latinoamericanos. Chile tiene compromisos por alrededor de 18 mil millones de dólares que, a pesar de su crecimiento a un ritmo inferior al promedio de América Latina, es la más alta de nuestra historia. Probablemente igual situación se vive en todos y cada uno de los países latinoamericanos. Durante el período 1976-1982 la deuda chilena creció a un ritmo del 18% al año y las exportaciones en el mismo período alcanzaron igual aumento porcentual. Como datos comparativos puede señalarse que en Argentina la deuda crecía al 26% anual y las exportaciones sólo al 15%. Venezuela exhibe valores del 32% para la deuda y 11% para las exportaciones. Prácticamente no hay excepciones en el área frente a este fenómeno, y salvo el caso de Nicaragua, que por diversas razones ha podido renegociar en condiciones muy favorables, todos los demás enfrentan hoy día la necesidad de reprogramar sus deudas en los términos que exigen los bancos internacionales. Tales términos han sido tan favorables a ellos que han significado importantes ganancias a la banca, producto de las comisiones de renegociación y los aumentos en intereses sobre los préstamos.

Para muchos resulta un contrasentido que en medio de esta crítica situación puedan hacerse exigencias aún mayores que las tradicionalmente altas

En Chile los opositores al gobierno quieren hacer creer que la situación de la deuda externa es culpa de un sistema de gobierno autoritario y de los economistas de Chicago.

que se solicitan a los países subdesarrollados. De ahí las críticas de Kissinger y de muchos parlamentarios norteamericanos y europeos. La versión convencional es que se atraviesa por una situación de muy alto riesgo en que bastaría la defección de uno solo de los grandes deudores para que se viniera abajo el edificio financiero internacional. Es bien sabido, por ejemplo, que un solo país, México, tiene préstamos por más del 60% del capital de los bancos más grandes del mundo, Citibank y Bank of America. Sin embargo, hay quienes sostienen que la visión catastrófica es una exageración alentada por los propios bancos que justifican así los onerosos términos de los refinanciamientos. En estas operaciones Brasil, Argentina y Chile han aceptado tasas de 2 1/8% sobre Libor, en tanto que Ecuador y Perú tuvieron que conformarse con tasas aún mayores.

¿Cómo se ha llegado a esta situación? En Chile los opositores al gobierno quieren hacer creer que la explicación es muy simple: todo es culpa de un sistema de gobierno autoritario y de los economistas de Chicago. La deuda afecta por igual a países con diferentes formas de gobierno, pero al parecer sólo interesa establecer pretendidas relaciones causales muy simplistas que puedan dar dividendos políticos. La misma lógica en Venezuela debe inculpar al sistema democrático y al gobierno demo-

crata-cristiano y probablemente hay sectores de la oposición venezolana que así lo creen. Pero no es posible entender un mismo fenómeno con causas tan diversas en los distintos países, cuyo único elemento común sea el significado político interno.

Los observadores norteamericanos creen que el problema se originó con el alza del precio del petróleo en 1974, lo que dio lugar a superávits gigantescos en algunos países, al mismo tiempo que afectó muy negativamente los términos de intercambio de los países no petroleros. El exceso de dinero de unos se virtió indiscriminadamente en las naciones que buscaban modernizar sus economías y debían afrontar los nuevos costos de los combustibles. En Chile esto significó un mayor gasto de 6 millones de dólares en la importación de petróleo desde 1974. La recesión mundial, que deterioró el precio de las exportaciones latinoamericanas (los menores ingresos para Chile sólo por concepto de exportaciones de cobre fueron de 13 mil millones de dólares en 10 años) y elevó las tasas de interés en forma brusca, precipitó la actual crisis. Los círculos políticos occidentales han subrayado la responsabilidad de los acreedores tanto como la de los deudores, en la génesis del problema. La solución compete ahora a ambas partes que deben comprender todas las dimensiones de la coyuntura antes de imponer soluciones técnicas, difíciles de mantener por períodos suficientemente largos debido a sus efectos políticos. Aún falta mucho para que se considere que los análisis están completos, pero sí queda claro que atribuir este problema al esquema económico aplicado en Chile no resulta una explicación adecuada aun cuando una revisión de las políticas específicas seguidas es siempre aconsejable y más aún en nuestro caso en que puede haber habido errores de implementación no despreciables. Resolver la encrucijada actual sobre la base de un diagnóstico errado será imposible y sólo provocarían frustraciones que pueden ocasionar imprevisibles tensiones sociales y políticas

◆